

SALUD Sevilla dobla en seis meses el número de pacientes que esperan más de un año para ser operados

CULTURA

Una autobiografía contemporánea

• La sevillana Inmaculada Salinas reconstruye en la galería Rafael Ortiz los 150 días que pasó en Londres a través de una exposición en la que su autora toma un camino arriesgado y fértil

J. BOSCO DÍAZ-URMENETA SEVILLA
01 Diciembre, 2014 - 05:00h



Una hora es invisible. Inmaculada Salinas.
Galería Rafael Ortiz (Mármoles, 12, Sevilla).
Hasta el 31 de diciembre.

Escribir sus *memorias* (o publicarlas) parece casi una obsesión para quienes han tenido cargos o responsabilidades públicas. Artistas o pensadores, si quieren hablar de su vida, suelen, por el contrario, preferir la *autobiografía*. Las memorias recurren al razonamiento que se pretende exacto y preciso, concretado en términos que, si no pueden comprobarse, sí al menos justificarse. La *autobiografía* elige un camino muy distinto: intenta construir la propia experiencia para transmitirla y comunicarla. Es un camino más arriesgado pero más fértil: antes que explicar o justificar hechos o decisiones, intenta ofrecer un mundo individual que pueda ser compartido.

Inmaculada Salinas (Sevilla, 1967) ha elegido el modo autobiográfico para mostrar cuanto hizo, pensó y le acaeció en Londres a lo largo de los ciento cincuenta días que vivió en la capital británica. Pero sin duda hay que explicar las palabras: ¿qué quiere decir hoy autobiografía? Para empezar, algo muy distinto de lo que pensaban ciertos artistas modernos, es decir, de la primera mitad del siglo XX. Bien conocida es la autobiografía de Kokoschka: como en otras obras de la época, el artista parece perder el pudor (al mostrar su intimidad) y la medida porque se atreve a hablar de lo divino y de lo humano. Diametralmente opuesta a tal empresa es la obra que Sol Lewitt llamó *Autobiografía*: una larga serie de fotos muy sencillas de cuanto había en su casa, formando su mundo y su vida: de los armarios con ropa blanca hasta las cacerolas de la cocina y desde libros, videos y discos, hasta carteles, diseños, hojas de sala de una exposición o panfletos de alguna protesta.



Salinas elige este último camino. Lee *Walden, la vida en los bosques*. Es otro libro de un ausente. Su autor, David Henry Thoreau, lo escribe a lo largo de los dos años pasados en una cabaña junto al lago Walden. Salinas, al compás de la lectura, elabora cada día dos trabajos, entre el dibujo y el grafismo: una cuidada estilización de las ideas ya expuestas en esta misma galería hace unos años. Los dibujos tienen una gama de color tan contenida como vibrante, el relojismo del *ready-made*, y en ocasiones contienen un párrafo de Thoreau que es una imagen poética que se añade al **texto** del dibujo. Una oferta de comunicación, en suma, al lector-espectador que se enfrenta a la obra.

Parecida idea anima *Diario artístico*. La visita diaria a una exposición la traduce Salinas a un dibujo (estremecidas ondas de carbón, con alguna nota de color, sobre papel) acompañado de un breve aforismo, resumen de la muestra. A veces, sólo una palabra (tal vez un adverbio, como hacía Robert Barry en ciertas instalaciones) y otras, un texto cargado de intención como aquel, lleno de ecos de Duchamp, que define la verdadera obra maestra como una vida sin hojas de papel para ser garabateadas.

Ciento cincuenta días gratis se orienta en dirección algo diferente. Las numerosas imágenes de la obra están surcadas de textos que componen una prolongada reflexión sobre el lugar que esta sociedad concede a las mujeres y sobre las actitudes que ellas mismas toman. Desde esa óptica, habla del trabajo, el mercado, el consumo, las vías de un triunfo a cualquier precio, la degradación de una sociedad cada vez más unidimensional. Los surcos que trazan esos textos (tal vez surgidos de obras de Virginia Woolf) se inscriben entre un sinfín de imágenes tomadas de los medios de comunicación. La relación entre unos y otras no es descriptiva ni crítica: buscan más bien suscitar una constelación de significados posibles que surgirá si se relacionan textos e imágenes como una gran parataxis, una coordinación de breves elementos que más que ofrecer un significado se ofrecen como materiales para significaciones posibles.

Una semana de trabajo añade a todo lo dicho, más que el humor, la sorna. Una sorna de la que no está exenta el cariño pero que muestra con nitidez las diferentes actitudes y visiones de la mujer y el varón respecto a la vida doméstica. La obra se compone de nuevo de imágenes y textos, pero estas imágenes son fotos tomadas por la autora, sutiles autorretratos en los que, vestida de varón, hace lo (poco) que solemos hacer los varones en casa. Si las fotos no son narrativas, sino *flashes* de lo cotidiano, los textos expresan, más que el hacer, el sentir de la mujer en relación a sus hijos, su pareja, sus amigas y sus padres ya ancianos. Imágenes y textos forman una indudable unidad: son una percepción femenina de las cosas. La obra tal vez no tenga la fuerza de la serie de Carrie Mae Weems, *La mesa de cocina*, pero posee en cambio una acertada fusión de sensibilidad e ironía.

La exposición no tiene desperdicio. Hace trabajar al espectador, al que desde el principio asigna un papel de intérprete porque el artista contemporáneo, al reflexionar sobre sí mismo, no intenta deslumbrar sino sencillamente dar que pensar y sentir.